



Un ciclón literario que se llamó Blasco Ibáñez

Tenía una vitalidad, un amor a la vida y a las cosas, un sentido de la libertad y una independencia tan desarrolladas que nunca se arrepintió de nada de lo que había hecho. Aburrido de repetir al preguntársele qué le había gustado más de tanto escribir, "Cafías y barro", espetó: "—¡La novela que escribiré mañana...!".

Si Vicente Blasco Ibáñez, valenciano, politiquero, militán, creador y enamorado de la existencia, dejó obra copiosa, vale la pena decir sus estudiosos que lo mejor pudo ser lo que no llegó a realizar al sorprenderle la muerte en enero de 1928, hace sesenta años. Aspiraba a consumar "la epopeya del descubrimiento y la historia de su conquista, que es la página española más heroica y gloriosa". Además pretendía novelar "la vida e historia de cada uno de los países americanos en que España dejó huellas de su cultura, de su civilización, de su espíritu y de su lengua".

Trabajaba con unción, entretenido, mientras su imaginación volaba, desdoblándose dictar, rechazada la máquina de escribir. Prefería el rasgado de la pluma que corría veloz sobre la hoja de papel. A veces iniciaba una tregua, que podía ser larga, hasta por meses, para retornar con ímpetu, entusiasmo y capacidad creadora. No se detuvo a meditar cuando afloraban, como en los años mozos, las ideas revolucionarias, porque su estado anímico particular era permanente, el bien simple, ajeno a crisis. Se le achaca que, tal vez, la difícil facilidad expresiva lo llevó a terminar obras precipitadamente, acaso con desaliento, pero sin perder, a truenos, la fortaleza creadora y fecunda. Su cualidad más destacable, esa imaginaria prodigiosa que nace de una inspiración real, sin que por eso, con responsabilidad del que sabe tendrá permanencia, documentara sus personajes con ribetes reales, permanentes, de gente que vivió, sufrió, amó y luchó con identidad propia. A esto, seguramente, se debieron los largos períodos de inactividad en que tiraba la pluma, porque se encerraba, sin otra cosa que tarones de café, para juntar en su mente y en codicados apuntes, temas, hechos, gentes.

A los 16 años tenía a su haber una novela histórica que pensaba iba a abrirle las puertas del Madrid literario. La dura realidad lo llevó, para ganar su pan, a la calidad de secretario del famoso Fernández y González. Mientras esto, cansado tal vez, hacía ese yoga ibérico que algunos llaman siesta, el joven Vicente, sin respeto a las canas ni la celeberrima reputación del maestro, proseguía, cuartillas adelante, llenándolas por cuenta propia con la más encendida fantasía.

La política lo sacó, a medias, de la afición principal, sin impedir que a los 19 años terminara sus estudios de derecho para consagrarse a lo que, allá por 1886, constituía fiebre en grupos juveniles y maduros: luchar por la libertad y contra la tiranía. Como ya, todavía muy tierno, había dado con sus huesos en la cárcel por idénticas andanzas, optó por escapar a París al fracasar una conspiración fallida de la que fue partici-

Un ciclón literario que se llamó Blasco Ibáñez [artículo] Oscar Guzmán Silva.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guzmán Silva, Oscar

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un ciclón literario que se llamó Blasco Ibáñez [artículo] Oscar Guzmán Silva.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile